

## Crítica de arte

### El Salón Oficial

Alrededor de este certamen artístico oficial, organizado anualmente por la Facultad de Bellas Artes, se ha polemizado este año con abundancia y con pasión. En realidad, los Salones dan siempre pie para que quienes se interesan en las cosas de arte se lancen a expresar sus opiniones con demasiado calor.

Ha habido comentarios para todos los gustos y, en cierta medida, se ha reproducido la vieja discusión entre los partidarios del Salón Oficial y los que prefieren la pintura del Salón Nacional.

Como siempre, la razón ha estado radialmente alejada de unos y de otros. Tampoco está esta razón del lado de los neutrales. Toda neutralidad es siempre un poco inmoral, porque ella busca eludir responsabilidad, y más que tener razón la neutralidad es una forma de no enterarse de lo que ocurre. Algo de esto es lo que sucedió a la diplomacia en los años que precedieron a la guerra actual. Recuerdo una caricatura de Derso y Kelen, publicada en la revista yanqui *Kent*. Representaba un diplomático en distintas posturas. En la primera se tapaba los ojos y decía: No «ver». En la segunda se tapaba la boca y se suponía que decía: «No hablar». En la tercera se tapaba los oídos y decía: «No oír». Pues bien, la diplomacia no quería enterarse de lo que ocurría creyendo que así las cosas no pasaban, mientras en el mundo se estaba incubando la tragedia.

Volvamos a nuestro Salón. En rigor, no faltaban los motivos para las polémicas. Estos motivos eran, en primer lugar, la calidad menguada de casi todos los envíos; el criterio de discernimiento de algunos premios, en segundo lugar y finalmente, la severidad del jurado de admisión que dió lugar al nacimiento de un *Salón de Rechazados*, del que, más adelante, nos ocuparemos.

Por nuestra parte, tenemos que declarar el mal sabor de boca que este Salón nos ha dejado. Su calidad artística tomada en bloque es muy baja. A pesar del criterio restrictivo manifestado enérgicamente por el jurado de admisión, debemos convenir que el conjunto de los envíos expuestos en este certamen oficial está muy por debajo del nivel que es característico de la pintura chilena. En realidad, ha sido en este punto en donde la crítica ha hablado al unísono. Todos los comentarios aparecidos en la prensa diaria y en las revistas que se ocupan de cosas de arte, con alguna pequeña excepción, han coincidido en la crisis actual de la plástica.

Claro es que del núcleo expositor se destacan algunos nombres que forman en cierta manera lo más valioso de la plástica y que siguen manteniendo un módulo de excelencia artística innegable. Sin embargo, ello no es suficiente para quitar al Salón su lamentable aire de mediocridad. Ni tampoco pueden esos artistas superar la inevitable crisis de valores que atraviesan las artes figurativas. Es algo que está muy por encima de tal o cual personalidad y que, por otra parte, no es privativa de la plástica. Todas las manifestaciones del espíritu se hallan como acogotadas por esta psicosis de desintegración que está caracterizando nuestra época. He señalado ya el hecho de que las artes parecen encontrarse en un *memento* definitivo y crítico, especie de punto de partida hacia la conquista de nuevas maneras. Cualquier obra de las que podemos contemplar en este Salón nos da la más exacta impresión de excepticismo y de agonía estética que pudiéramos pensar. Se nota desgano y falta

de vigor para salvarse por la realización de algo original, en donde el esfuerzo y el tesón pongan sus más enérgicos impulsos.

No es que nosotros pidamos, como se ha pedido en alguna parte, la vuelta de las grandes obras del pasado, especialmente en el tamaño y en los temas. No se mide la calidad de un cuadro por la cantidad de metros cuadrados que ocupe la composición o por la temática. Ni se puede tampoco revalorizar la agonía de un momento estético por la reproducción casi fiel de los temas y de la técnica que hicieron grande otro momento anterior.

Precisamente esto fué lo que intentó hacer aquel movimiento llamado por algún crítico, *David, son école et son temps*. El neoclasicismo intentó resucitar en forma artificial y con recetas técnicas la temática greco-romana. El arte así concebido cayó pronto en el amaneramiento y en la frialdad, de las que sólo se salvaron David y algunos de sus más conspicuos discípulos. Pero el academicismo davidiano fué muy pernicioso para el arte de su tiempo, porque se inspiraba en anhelos y en razones que tuvieron su razón de ser en tiempos muy lejanos, ajenas en absoluto a la sensibilidad del siglo XIX.

La vuelta al naturalismo preconizada por Diderot o el retorno a la tradición clásica del Renacimiento, tampoco daría vigor a la pintura. La solución es, aunque ello choque, más sencilla. Se trata únicamente de que los artistas dejen que su genio creador se muestre espontáneo y sincero. Que la sensación de un esfuerzo aparentemente inoperante no les aparte del labor continuo.

Por el contrario, la joven pintura parece ahogar estos últimos tiempos cualquier voz de autonomía liberadora. Los pintores se han lanzado por una senda común que les lleva a soluciones mediocres y no se advierte en ninguno de ellos el deseo de sacudirse cualquier influencia esclavizadora, ni de realizar una obra personal. Ni siquiera vuelven la vista a los ejemplos magistrales que el pasado les ofrece, ya que es innegable que, a

pesar de todo, en la obra de los grandes maestros se hallan en potencia muchos elementos de formas inéditas. Lo difícil sería discernir dónde se hallan esos elementos, mas con esfuerzo y con ahinco el artista puede adivinarlos incluso en la obra más hermética y en la que parece cerrar toda posibilidad de supervivencia.

\* \* \*

Empero, la mayor parte de los expositores que aquí cuelgan sus obras se esfuerzan en mirar a modelos que nacieron ya con terribles limitaciones. Si es indudable que los *fauves* pueden exhibir con orgullo el antecedente ejemplarizador de un Goya y de un Delacroix, no es menos cierto que la eclosión de esta escuela pictórica corresponde a un momento de aguda depresión espiritual y material. La post-guerra trajo como consecuencia de la crisis armada una crisis de paz de resultados no menos terribles y amargos. Nacieron entonces todos los movimientos desorbitados en que el arte parece desintegrarse.

De estos movimientos, el que está perdurando, por tener mayores arraigos en la estimativa de los artistas, es el de los *fauves* que comienzan una revolución esencialmente antinaturalista y polémica contra el impresionismo en lo que éste tenía de natural. Fué también una reacción contra el divisionismo de Seurat en lo que este movimiento tenía de conquista científica más que artística. Exaltaba el color por el «tono local». Su carácter es individualista, anárquico y expresivo. El tema no debía provocar reacción emotiva sentimental. Se buscaba el lirismo, el sensualismo y la espiritualidad. No existía modulación del tono.

Nos hemos entretenido en los elementos caracterizadores de la pintura *fauve* o expresionista, porque con ello se comprenderá fácilmente el clima que reinaba en este Salón. En realidad todos esos elementos convenían a los artistas expositores de este certamen, pero... en grado menos cualitativo.

Se puede afirmar, por tanto, que el expresionismo es un portillo abierto por donde parece escaparse nuestra pintura, si antes no viene algún providencial genio que la vigorice y le dé nuevos fundamentos estéticos.

Por otro lado, se han traído a este Salón muchas obras que ya fueron expuestas en otras exhibiciones de arte y que a su debido tiempo se comentaron en las páginas de esta revista. En este caso se hallan Ana Cortés, Armando Lira, Inés Puyó, Morales, etc. En su mayor parte estos casos corresponden a los pintores de más calidad.

Una primera medalla discernida a Carrasco y el Premio de Honor concedido a Héctor Cáceres han sido muy discutidos y atacados. En realidad, se trata de dos típicos representantes de esa «manera» en donde la pintura pierde sus mejores cualidades.

\* \* \*

Ha habido en este Salón una magnífica revelación. La de Maruja Pinedo. Estamos frente a una pintora de gran personalidad y que pide al arte sus mejores elementos de emoción, de sensibilidad, de fuerza y de belleza.

Tiene un modo peculiar de expresarse técnicamente y de ver las formas. En su pintura hay contrastes de mucha fuerza plástica y sabe dar a sus visiones un aire de poesía que no excluye vigor constructivo. Tiene Maruja Pinedo una especial forma de modular el color por un difuminado que recuerda a María Laurencin y a Mariette Lydis. Emplea el negro con gran audacia técnica y en modo muy personal.

Camilo Mori expone en su envío una sola obra inédita, *Retrato de Maruja Vargas*, es una de las telas más valiosas del Salón. Es obra de madurez y está plena de todas las virtudes pictóricas que posee su autor. La valoración de los paños en un gris plata está plenamente lograda. Todo el cuadro tiene una atmósfera de idealismo de gran belleza. Creemos que Mori

se encamina ya por un camino muy suyo en el que pronto nos dará verdaderas obras maestras.

Otro nombre que se ha destacado, dentro de la atonía general, es el del alemán Roesnner. Sus telas, sin embargo, dan la impresión de que no agotan las posibilidades expresivas de este artista. Los dos óleos son excesivamente sintéticos y el desnudo no es muy legible.

Venturelli expone unos *ducos* de gran impulso decorativo y dibujos y grabados muy expresivos.

\* \* \*

Se trata, en definitiva, de un Salón que es desde el punto de vista artístico muy inferior en su conjunto al de otros años anteriores. Pero esto no aclara nada, ni resuelve el problema. Quede, a falta de espacio para hacer un análisis más completo, iniciado el tema, que habrá de ser objeto de nuestra atención en otro momento.

#### Salón de los Rechazados

Algunos de los artistas a quienes les fueron devueltos sus envíos por el jurado de admisión del Salón Oficial, los expusieron en la Casa del Teatro.

Nada nuevo puede añadirse sobre el valor de esta pintura, puesto que no se trata de algo alejado de la manera peculiar que ya hemos señalado en líneas anteriores. El Salón de los Rechazados no es la manifestación de un espíritu independiente como lo fué el de París, cuya pintura era distinta a la oficial que inundaba el *Salón*. No, aquí a pesar de la juventud de muchos artistas no hay espíritu juvenil, no hay deseos de independizarse. Eso justificaría en cierta medida el rechazo de estas obras, pero es difícil concebir que se hayan desestimado como indignas de ser expuestas estas telas que en nada difieren de